

CARTA PASTORAL

Con ocasión de la Coronación Canónica de
Nuestra Señora del Socorro, de Orgaz

“YO TE DARÉ LA CORONA DE LA VIDA”

(Ap 2, 10)



✠ FRANCISCO CERRO CHAVES

Arzobispo de Toledo

Primado de España



CARTA PASTORAL
CON OCASIÓN DE LA CORONACIÓN CANÓNICA DE
NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO, DE ORGAZ

“YO TE DARÉ
LA CORONA DE LA VIDA”
(Ap 2, 10)

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Edita: Arzobispado de Toledo.
Toledo, 1 mayo de 2023.

1. “Yo te daré la corona de la vida” (Ap 2, 10): Estas palabras de Jesucristo Resucitado en el Apocalipsis a la Iglesia en Esmirna, son una promesa para todos aquellos que son “fieles hasta la muerte”, y quiero que sirvan para ilustrar el sacramental de la Coronación Canónica de Nuestra Señora del Socorro, que me dispongo a realizar el próximo 8 de septiembre de 2024. También son una promesa para todos los fieles devotos de Orgaz que aman a María, y que quieren, como ella, ser fieles al Señor hasta el final. Para todos, el Señor tiene preparada una corona especial, de gracia y bendición, deseando que llegue el momento de ceñírsela a aquellos que “completan la carrera” (2 Tim 4, 7-8) acogiendo con fidelidad y confianza a la Misericordia de Jesucristo. Este tiempo que inauguramos, de preparación espiritual y material a la celebración de la coronación de vuestra patrona, será un tiempo de gracia en el que todos debemos aportar nuestra oración y colaboración para significar este camino a la gloria celeste que queremos mostrar a todos los hombres.

La Sagrada Escritura utiliza abundantemente la imagen de la “coronación” para manifestar la fidelidad de Dios que cumple siempre sus promesas, y recompensa con su gracia a los humildes. La proclamación de la Realeza de la Virgen María mediante la coronación canónica de una de sus imágenes, nos recuerda una verdad central de la fe: la misericordia de Dios que se fija en los pequeños, corona con la victoria a los humildes, regalándoles la vida de la gracia y de la gloria, enseñándonos a todos, además, que, en cristiano, reina el que sirve y sirve el que reina (cf. Mc. 9, 35)¹.

1 “A la luz de esta actitud de Cristo se puede verdaderamente «reinar» sólo «sirviendo», a la vez el «servir» exige tal madurez espiritual que es necesario definirla como el «reinar»”.
SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica «Redemptor Hominis», n. 21.

Escribo esta carta pastoral para invitar a todos a repasar juntos el sentido de este gesto anclado en la tradición de la Iglesia que, vivido con verdadero espíritu de fe, puede ser una ocasión también para impulsar la vida espiritual de los fieles, por la multitud de gracias contenidas en este acercamiento a la figura y mediación de nuestra Madre la Virgen.

I. LA MISIÓN SINGULAR DE SANTA MARÍA COMO REINA Y MADRE DE LA IGLESIA

2. Si bien el uso de coronar imágenes de la Virgen no se inició hasta el siglo XVI, la atribución a María del título de “Basilissa” o “Reina” pertenece a la tradición milenaria de la Iglesia. Se trata de un apelativo que no se encuentra como tal en la Sagrada Escritura, pero que las primeras generaciones de cristianos aplicaron a María inspirándose en las palabras del ángel, que anuncia que Dios daría al Hijo que va a nacer “el trono de David, su Padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin” (Lc 1,32-33), y en las palabras de santa Isabel, que llama a María “la madre de mi Señor” (Lc 1,43). Pronto la liturgia aplicó también a María las palabras del Salmo 45: “De pie, a tu derecha, está la reina enojada con oro de Ofir”².

AFIRMACIÓN PERENNE DE LA REALEZA DE MARÍA EN EL ARTE

3. Para comprender el rito actual de coronación, debemos remontarnos, como señala el mismo ritual, a la costumbre de representar a santa María ceñida con una corona regia. Es un tema que se insinúa ya en las catacumbas romanas, cuando se representa la adoración de los magos, que es una de las escenas más difundidas. En una de las más antiguas representaciones de la Madre de Dios, que está en las catacumbas de Priscila y se remonta a fines del siglo II, santa María se presenta sentada majestuosamente ofreciendo a su Hijo y llevando un tocado similar a las emperatrices de la época.

² Cf. FRANCISCO CONESA, “Significado del rito de coronación de una imagen de la Virgen”, Scripta de Maria 10 (serie II) (2013) 201-230.

En el oriente, por su parte, se desarrolla el icono de María como “Theotokos”, inspirado frecuentemente en el vasto ceremonial de la corte bizantina y en el modo de vestir la emperatriz (Basilissa). Durante la Edad Media se produjo un desarrollo importante de la veneración de María como Reina, lo que tendrá reflejo en el arte, que comienza a representar la coronación de María, y en la plegaria, que se dirige a ella con el canto del “Salve Regina” y el “Regina coeli”. En los siglos XII y XIII se desarrolla en occidente la escena de la coronación de María por Cristo.

Una de las primeras representaciones la tenemos en el centro del ábside de santa María in Trastevere, mandado realizar por Inocencio II (1130-1143). Se representa la entronización de la Virgen, colocada en el mismo trono que su Hijo, el cual la abraza tiernamente. La escena se inspira en el Cantar de los Cantares. El libro abierto que sostiene Cristo dice: “Veni electa mea et ponam in te thronum meum”. La Virgen aparece coronada como una emperatriz y vestida ricamente, adornada de joyas.

A partir del siglo XV aparece la Virgen coronada por la Trinidad, con el Padre a la derecha del espectador, el Hijo a la derecha del Padre y el Espíritu Santo en una posición central, figurado simbólicamente como una paloma. Durante el siglo XVI será el modo de representación dominante en el arte europeo. Este es el modelo que usaron El Greco (1591) y Velázquez (ca. 1640), que, ya en el barroco, convierte a la corona en una diadema de rosas.

LA REALEZA DE MARÍA COMO EXPRESIÓN DE LA SANTIDAD DE LA IGLESIA

4. Esa dimensión celeste que tiene la Realeza de María, representando el triunfo de su Asunción a los cielos, tiene también su reflejo en la vida de la Iglesia peregrina. La exégesis que los santos han hecho de este perfil de la Virgen María se orienta en una doble dirección. De una parte, nos habla de su misión como intercesora especialísima y colaboradora singular de Cristo en el gobierno de la historia. De alguna

forma, reproduce la figura de la “Gebirah”, la Reina Madre del Antiguo Testamento, que aparece en la época de la monarquía de Israel, como la figura real femenina preeminente, desplazando incluso a la esposa del rey. Su presencia a la derecha del trono real, acogiendo las peticiones del pueblo y presentándoselas al rey de Israel³, está en el trasfondo con el que los autores del Nuevo Testamento nos presentan la misión de la Virgen en la vida de la Iglesia (v.gr. Jn. 2, 1-12).

Por otra parte, la realeza de María habla del pleno señorío que la santidad confiere sobre la persona que se posee del todo para darse enteramente. Es la realeza de la libertad interior que confiere la gracia, que significa la liberación total de la esclavitud del pecado, y que permite entregarse al servicio de los otros ejerciendo la principal responsabilidad que tienen los mejores hijos de la Iglesia: “No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mt. 20, 26-28).

5. El esquema de fondo es siempre el del modo en que Jesucristo ha llevado adelante la salvación de la humanidad: abajarse voluntariamente para ser levantado por sólo Dios. Así han entendido también los santos la misión de María en la vida de la Iglesia, como la muestra más eminente de que los pequeños a los ojos del mundo son grandes en la mirada de Dios. En ese sentido, escribía san Bernardo: “¿Por qué admirarse de ver subir a María tan hermosa desde el desierto de la tierra? Más admiración debe causarnos el que Cristo bajara tan pobre desde la plenitud del reino celeste. No cabe duda es un milagro más excelente que el Hijo de Dios se hiciera inferior a los ángeles, a que la madre de Dios fuera ensalzada sobre todos ellos. Su anonadamiento se convirtió en nuestra riqueza, sus miserias son las riquezas del mundo; en una palabra, siendo rico se hizo pobre por amor nuestro para enriquecernos con su pobreza; la misma ignominia de la cruz se convirtió en gloria para los creyentes”.

3 Vid. 1 Re 2, 17-19.

Este esquema rebajamiento-exaltación, que expresa el misterio pascual por ella celebrado y vivido, está muy presente en la liturgia mariana. El prefacio IV de santa María Virgen dice: “Ella, como humilde esclava, acogió tu palabra... y ahora brilla en nuestro camino como signo de consuelo y de firme esperanza”. Y en la “Misa de santa María esclava del Señor” se subraya también este hecho: “has ensalzado como Reina junto a tu Hijo a quien se proclamó tu humilde esclava” (prefacio); “Dichosa eres, Virgen María, que te proclamaste esclava del Señor; ahora, glorificada sobre los coros de los ángeles, la Iglesia te saluda como Reina del cielo” (versículo del aleluya).

6. Desde muy antiguo, la Iglesia ha agradecido a María su inmenso amor maternal, proclamándola reina en la oración del Rosario. Así lo hacemos en el quinto misterio glorioso, y las letanías lauretanas evocan su lugar preeminente entre todos los órdenes de vida de la santidad de la Iglesia. Por ello, estamos convencidos, de que los santos más marianos han disfrutado especialmente de la recitación de todos esos títulos que ensalzan a María precisamente por haberse sometido a la voluntad de Dios. Así, podemos leer palabras como las de san Maximiliano María Kolbe: “La inmaculada debe conquistar el mundo entero y cada individuo, así podrá llevar todo de nuevo a Dios. Es por esto que es tan importante reconocerla por quien Ella es y someternos por completo a Ella y a su reinado, el cual es todo bondad. Tenemos que ganar el universo y cada individuo ahora y en el futuro, hasta el fin de los tiempos, para la Inmaculada y a través de Ella para el Sagrado Corazón de Jesús”.

Ese señorío interior del bien, que permite crear una nueva civilización del amor, como le gustaba repetir a san Pablo VI, tiene en la devoción a María y en la imitación de sus virtudes, un camino privilegiado. El gran apóstol mariano que fue san Luis María Grignon de Monfort, lo escribe así en el Tratado de la verdadera devoción: “María ha colaborado con el Espíritu Santo a la obra de los siglos, es decir, la Encarnación del Verbo. En consecuencia, Ella realizará también los mayores portentos de los últimos tiempos: la formación y educación de

los grandes santos, que vivirán hacia el fin del mundo, están reservadas a Ella, porque sólo esta Virgen singular y milagrosa puede realizar en unión del Espíritu Santo, las cosas singulares y extraordinarias. [...] No puede, repito, realizar todo esto, si no tiene derecho ni dominio sobre sus almas por gracia singular del Altísimo, que, habiéndole dado poder sobre su Hijo único y natural, se lo ha comunicado también sobre sus hijos adoptivos, no sólo en cuanto al cuerpo lo que sería poca cosa sino también en cuanto al alma. María es la Reina del cielo y de la tierra, por gracia, como Cristo es su Rey por naturaleza y por conquista. Ahora bien, así como el reino de Jesucristo consiste principalmente en el corazón o interior del hombre, según estas palabras: «El reino de Dios está en medio de vosotros», del mismo modo, el reino de la Virgen María está principalmente en el interior del hombre, es decir, en su alma. Ella es glorificada sobre todo en las almas juntamente con su Hijo más que en todas las criaturas visibles, de modo que podemos llamarla con los Santos: Reina de los corazones”.

LA CORONACIÓN DE MARÍA EN LA LITURGIA DE LA IGLESIA

7. El Papa Pío XII, tras los desastres de la Segunda Guerra Mundial, escribió una encíclica en la que extendía a toda la Iglesia la fiesta de santa María Reina, queriendo proclamarla sobre todo Reina de la Paz. El mismo Pontífice acompañó al texto de la encíclica el gesto de coronar a la Virgen María *Salus Populi Romani*, patrona de Roma, el 1 de noviembre de ese año. En este contexto nuestro tan inestable, que ha designado el Papa Francisco como una tercera guerra mundial a pedazos, nos ayuda releer las palabras del Pontífice: “Después de las grandes ruinas que aun ante Nuestra vista han destruido florecientes ciudades, villas y aldeas; ante el doloroso espectáculo de tales y tantos males morales que amenazadores avanzan en cenagosas oleadas, a la par que vemos resquebrajarse las bases mismas de la justicia y triunfar la corrupción, en este incierto y pavoroso estado de cosas Nos vemos profundamente angustiados, pero recurrimos confiados a nuestra Reina María” (Encíclica *Ad Coeli Reginam*, 1954).

Esa fiesta de Santa María Reina, que actualmente celebramos ocho días después de la Asunción del quince de agosto, recoge gran parte del significado de lo que hacemos cada vez que coronamos una imagen de la Virgen. El actual Ritual de Coronación, publicado el 25 de marzo de 1981, es fruto del deseo de armonizar un rito que contaba ya con tres siglos de existencia, con la teología y, sobre todo, la renovada mariología del Concilio Vaticano II. En el decreto de aprobación se explica que se ha revisado el rito “con el fin de acomodarlo a la índole y normas de la liturgia reformada y para que exprese más plenamente el sentido e importancia de la coronación de imágenes de la santísima Virgen María.

8. La costumbre de representar a santa María Virgen ceñida con corona regia, data ya de los tiempos del Concilio de Éfeso (del año 431), lo mismo en Oriente que en Occidente. Los artistas cristianos pintaron frecuentemente a la gloriosa Madre del Señor sentada en solio real, adornada con regias insignias y rodeada de una corte de ángeles y de santos del cielo. En esas imágenes no pocas veces se representa a Jesucristo ciñendo a su Madre con una refulgente corona.

El origen del rito hay que buscarlo en las misiones que hacían allá por el siglo XVI los padres capuchinos. Al finalizar las misiones solían recoger joyas, como signo de conversión y desprendimiento, que fundían para confeccionar con ellas una corona para la Virgen. Así, en el origen remoto del rito tenemos una relación entre la corona y la conversión y la vida de fe de los fieles, algo en lo que el ritual actual insiste muchísimo. La primera vez que se corona canónicamente una imagen de la Virgen fue probablemente en 1631. El conde de Borgonovo, Alejandro Sforza, fiel seguidor de las prácticas de los capuchinos antes referidas, había legado en su testamento parte de sus bienes a la Basílica de San Pedro de Roma para que se promoviese la coronación de las imágenes de la Virgen más veneradas en todo el mundo. La primera fue la Madonna della Febbre en la sacristía de la Basílica de San Pedro en el Vaticano, que curiosamente era una imagen de la Piedad, que habría inspirado a Miguel Ángel su célebre escultura. La intervención del Cabildo Vaticano supuso que las coronaciones pasaran al ámbito de vigilancia y

acción de los Romanos Pontífices. El Capítulo compuso a finales del siglo XVII un “Ordo servandus” para las coronaciones. A finales del siglo XIX la Congregación de Ritos promulgó un “Ordo” (29 de marzo de 1897) basado en el que tenía el Capítulo Vaticano y lo incorporó como apéndice al “Pontificale Romanum”. Con la «oficialidad» del rito, se fue extendiendo por todo el mundo la práctica de la coronación. A España llegó ya por entonces, comenzando una corriente espiritual de promoción de la coronación de las imágenes más destacadas de la Virgen en la que san Juan Pablo II designó como “tierra de María”.

FUNDAMENTACIÓN TEOLÓGICA Y CONSECUENCIAS ESPIRITUALES

9. El mismo Ritual de Coronación explica por qué es importante vivir profundamente este gesto con el que el Pueblo de Dios corona a su Madre, para evitar que quede en un rito vacío o de mera exaltación sentimental, y se convierta en una verdadera fuente de gracia y conversión para la comunidad que lo celebra. Para ello, señala cuatro aspectos de la figura de María que alimentan la fe y la vida del pueblo cristiano, y que pasamos a desglosar:

María es Madre del Hijo de Dios y Rey Mesianico:

10. Es lo que podríamos llamar la dimensión teológica del rito. El texto del Ritual desdobra este título considerando tanto el ser de María (Madre del Hijo de Dios) como su misión (Madre del Rey Mesianico). Primero expone que María es la madre del Verbo encarnado, acentuando la primacía ontológica de Cristo, al citar como apoyo Col 1,16: a Jesucristo le están sometidas todas las realidades, celestes y terrestres. En segundo lugar, se fija en la función de María como Madre del Rey Mesianico, apoyando esta afirmación en las palabras del ángel (Lc 1,32-33) y el saludo de Isabel como “madre de mi Señor” (Lc 1,43). En esta segunda afirmación se puede entrever una alusión a la figura de la “gebirah” o señora, que aparece en el Antiguo Testamento, para subrayar la importancia de la “reina madre” en la dinastía de David, la

cual no sólo gozaba de gran prestigio, sino que solía intervenir a favor de los súbditos.

María es Reina por su participación de la historia de salvación de todos nosotros. Por ello, participa en la realeza de su Hijo Jesucristo, y vive en un consorcio de amor que asocia para siempre a la Madre y al Hijo en la vida de la Iglesia y en nuestra propia vida espiritual. De hecho, el mismo ritual señala: “Cuando en la imagen la santa Madre de Dios lleva en brazos a su divino Hijo, se coronan ambas imágenes. Al efectuar el rito, se ciñe primero la corona del Hijo y luego la de la Madre”. Esta unión de Corazones es muy significativa a la hora de entender nuestra relación con María y con Jesús. No hay competencia entre ellos, al contrario, les gusta que recurramos a ellos indistintamente.

Cuenta san Juan Pablo II al describir la historia de su vocación en el libro “Don y Misterio”, que, en un momento dado, se le dio a entender que no sólo hay un camino que va de María a Jesús, como han proclamado siempre los santos, y él mismo repitió en numerosas ocasiones. Sino que también hay un camino que va de Jesús a María, que al Señor le gusta que recurramos a su Madre. En esta línea, es muy significativa la anécdota que atribuyen al rey Balduino de Bélgica. Cuando visitaba las ciudades de su nación, aquellos que le conocían gritaban insistentemente: “¡Viva la Reina!”, y muchos se sorprendían de tal aclamación porque su esposa Fabiola no le acompañaba en ese momento. Pero aquellos que sabían cómo era su rey, les respondían que gritaban viva la reina: “Porque al Rey le gusta”. Y algo así es lo que pasa entre Jesús y María, disfrutan mostrándonos la belleza del otro, y nos animan a elegir el camino más directo que entreveamos en cada momento para entrar en la intimidad divina.

María es la Colaboradora Augusta del Redentor:

11. Es la dimensión soteriológica de nuestra proclamación en la coronación de la Virgen. Siguiendo la doctrina paulina y la amplia tradición patristica, se relaciona antitéticamente a Cristo con Adán y a María

con Eva. Como Eva estuvo asociada a Adán, así María está asociada al nuevo Adán, Cristo. Esta participación de María en la vida de Cristo comienza en la Anunciación y tuvo su punto culminante en la cruz. Allí se mantuvo María cooperando activamente, asociándose con entrañas de madre a la obra de la redención. Los Prenotandos inciden en que María fue “colaboradora augusta del redentor” (*alma Redemptoris Socia*) en la constitución del reino. La liturgia es particularmente sensible a este motivo de la realeza de María, contemplando con frecuencia a María junto a la cruz como reina y señora. Resulta significativa la antífona del Benedictus para la fiesta de la Virgen de los Dolores (15 de septiembre) en la que se une la actitud junto a la cruz con su reinado: “Alégrate, Madre dolorosa, porque, después de tantos sufrimientos, gozas ya de la gloria celestial, sentada junto al Hijo como reina del universo”. La realeza de María aparece como fruto de su participación en la redención.

Dado que Jesucristo nos adquirió con el precio de su sangre, haciendo de nosotros un “reino”, María se asoció perfectísimamente al árbol de la cruz convirtiéndose en la corredentora del género humano, sintonizando su Corazón máximamente con el de Cristo, y latiendo de amor y dolor por la humanidad. Expresiones como la de nuestro san Ildefonso de Toledo explican el débito que tenemos con nuestra Señora: “¡Oh Señora mía!, ¡oh Dominadora mía!: tú mandas en mí, Madre de mi Señor..., Señora entre las esclavas, Reina entre las hermanas”. Ella es el rostro femenino de la Redención, la obra maestra de la gracia. En la vida litúrgica de la Iglesia, cada vez que desaparece directamente la figura de Cristo, bien porque estemos a la espera de encontrarlo (adviento, Sábado Santo), bien porque vivamos la transición hasta el nuevo Paráclito (entre Ascensión y Pentecostés), la Iglesia pone en el centro el icono de la Virgen María, presidiendo la oración de la Iglesia. De igual manera, en nuestra vida espiritual, a veces puede que sintamos más lejos a Dios, y sin embargo, se nos haga más cálida y patente la figura de la Madre. Ella nos lleva al Señor en los momentos más oscuros y asocia nuestra vida a la ofrenda de Cristo cuando llega el misterio de la Cruz.

María es la Perfecta Discípula de Cristo:

12. Este título puede proclamar la dimensión profética de la coronación. El argumento es el siguiente: al discípulo de Cristo se le promete la “corona de gloria” (1 Pe 5,4; cfr. 2 Tim 4,8; St 1,12; Ap 2,10). Pues bien, santa María fue discípula perfecta por su unión a Cristo en la fe, la esperanza y el amor. Por ello, fue asunta al cielo y coronada como Reina.

En el trasfondo del Ritual de 1981 está el Salmo 8, que canta la creación del hombre: “lo has coronado de gloria y dignidad”. Ya la carta a los Hebreos lee este texto en sentido cristológico, contemplando a Jesucristo coronado de gloria precisamente en su pasión: “Al que Dios había hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos ahora coronado de gloria por su pasión y muerte” (Heb 2,9). El autor de la carta a los Hebreos considera que el “hombre” del que habla el salmo 8 es Jesucristo que, según su naturaleza humana, asumida por el Verbo, es “un poco inferior a los ángeles”, pero según su condición divina, por su fidelidad al Padre incluso asumiendo la muerte, ha sido glorificado. Este mismo esquema se aplica análogamente a María que, por su fidelidad al proyecto de Dios, ha pasado de la condición de mujer humilde y pobre a la de discípula plenamente partícipe de la gloria de Cristo. La sierva obediente es la reina. El Ordo especifica los motivos por los que María es discípula perfecta inspirándose en los nn. 56-58 de “Lumen Gentium”: asintió al plan de Dios, vivió en peregrinación de fe, estuvo a la escucha de la Palabra, se unió a su Hijo en la cruz, perseveró en oración con la Iglesia e intensificó su amor a Dios. La perfecta obediencia a la voluntad del Padre y el seguimiento perfecto de Cristo, sitúan a María en una posición eminente entre los discípulos, que también esperan “la corona de gloria que no se marchita” (1 Pe 5,4). Estamos ante la “dimensión profética” de la realeza de María, porque para el creyente la participación en el señorío de Cristo, realizado ya en la Madre, se presenta como esperanza. La dignidad regia de María es un anticipo de lo que llegará a ser el discípulo fiel.

María mereció la “corona de la vida”, y por ello vive en cuerpo y alma en los cielos. No solo recibió la gracia rebosante desde el primer

instante de su vida, sino que colaboró sobreabundantemente con la acción de Dios en su vida, dejando actuar al Espíritu Santo en su interior y rebosando la caridad con la que hizo brillar todas sus virtudes. María no sólo era pura, sino que infundía pureza, dice santo Tomás. Y así con cada una de esas disposiciones para agradar a Dios y servir a los hombres, que son las virtudes. El verdadero camino de la devoción a María pasa por la imitación de sus virtudes, han dicho siempre los santos. No podemos quedarnos en una especie de admiración interior, eso nos diferenciaría poco de los paganos, cuya característica ha sido siempre la disociación de fe y vida. Admirar a María, coronarla como Reina de nuestras vidas, significa un proceso de configuración interior con Ella, de asimilación de sus actitudes más profundas, de sumergirnos en Su Corazón Inmaculado para impregnar nuestros sentimientos y obras con el aroma del Amor divino.

Dice san Juan Pablo II en su preciosa encíclica sobre la Virgen: “La que en la anunciación se definió como ‘esclava del Señor’ fue durante toda su vida terrena fiel a lo que este nombre expresa, confirmando así que era una verdadera ‘discípula’ de Cristo, el cual subrayaba intensamente el carácter de servicio de su propia misión: el Hijo del hombre ‘no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos’” (Mt 20,28). Por esto María ha sido la primera entre aquellos que, ‘sirviendo a Cristo también en los demás, conducen en humildad y paciencia a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar’. Y ha conseguido plenamente aquel ‘estado de libertad real’, propio de los discípulos de Cristo: ¡servir quiere decir reinar!” (*Redemptoris Mater*, n. 41).

María es Miembro Sobreeminente de la Iglesia

13. Por último, podríamos señalar la dimensión eclesial de este acontecimiento de gracia con este título que refiere el ritual de la Iglesia. Recurriendo a una preciosa expresión de san Agustín, que asumió *Lumen Gentium* 53, se llama a María “supereminens Ecclesiae membrum”. Para comprender bien el título de “María reina” debemos considerarla

inserta en un pueblo regio. María forma parte de un pueblo de sacerdotes y reyes (Cfr. 1 Pe 2,9; Ap 5,10). Ahora bien, ella ocupa un lugar preminente en este pueblo, según indican los “Praenotanda”, por un doble motivo: por su misión (“por el singular ministerio a ella encomendado”) y por su santidad (“por la riqueza de virtudes y plenitud de gracia”). Se invita, pues, a contemplar la realeza de María no de una manera aislada, sino en conexión con la Iglesia, y especialmente, con los santos. En este sentido, los textos litúrgicos la ensalzan como “reina de los santos”. Su realeza está en relación con los demás miembros de la Iglesia. Acaba diciendo el Ritual que “la gloria de la Santísima Virgen hija de Adán y hermana de los hombres, no sólo honra al pueblo de Dios, sino que ennoblece a todo el género humano”. La realeza de María es gloria para la Iglesia pero también para todos los hombres. En la letanía propia del “Ordo coronationis” se llama a María precisamente “Decus humani generis”, honor del género humano.

María es «la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y mas selecta» de la Iglesia (S. Ruperto). En el siguiente capítulo de esta carta quiero pararme en esta advocación de santa María que nos disponemos a coronar canónicamente, aprovechando así la corriente de gracia que ha surgido de esta querida parroquia toledana.

II. “LA ESTRELLA QUE ALUMBRA A ORGAZ”⁴: NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO EN LA VILLA DE ORGAZ.

14. Con gran gozo, nos disponemos a preparar la coronación canónica de Nuestra Señora del Socorro, tras el anuncio formal que hice en la carta que os escribí el pasado 20 de mayo de 2021, y que ha venido precedido de un trabajo de consolidación de su hermandad y difusión de su culto. Quisiera recoger en estas páginas un breve recorrido por la historia de la veneración de la villa de Orgaz a aquella que venera como Madre y coronaremos como Reina.

4 Título de la obra teatral del siglo de oro español dedicada a la Virgen del Socorro de Orgaz.

ORÍGENES DE LA DEVOCIÓN

15. Las primeras referencias que se tienen de la imagen de la Virgen del Socorro son del siglo XVI, una pequeña imagen de piedra conservada en una ermita del mismo siglo. Juan Moraleda en su Libro “La Villa de Orgaz”, nos dice: “sin ser una joya de arte de su época, es agradable a la vista, de piedra, como de una vara de altura aproximadamente; está de pie, y tiene al niño Dios en su brazo derecho y en sus formas denuncia bien terminada la centuria en que se construyera. La Virgen sostiene al niño en sus brazos, sin que exista comunicación entre ambos. Con actitudes hieráticas, ambos aparecen coronados. Resalta el largo cabello bien trabajado. El manto de color azul intenso con estrellas doradas sobre la túnica blanca. El niño con paño de pureza, sujeta en la mano un racimo de uvas (símbolo de la sangre de Cristo). Se trata de una talla gótica, que al parecer de algunos autores data del siglo XV. Originariamente estaba policromada en tonos azules...; llama la atención que el niño y la Virgen sostienen un racimo de uvas, fruto muy frecuente en las tierras de Orgaz”⁵.

Generación tras generación, se ha ido pasando la leyenda de que la Virgen del Socorro llegó a Orgaz a lomos del macho de un arriero que venía de Andalucía y se dirigía hasta la Corte. Nos cuentan que el macho que la transportaba, después de ser encontrada en su camino por el citado arriero, al llegar a la altura en que hoy se venera, se tiró al suelo y se negó a continuar camino, por lo que el arriero decidió ponerlo en conocimiento de las autoridades del pueblo, decidiendo éstos que la Virgen se quedara en Orgaz.

En “Las Relaciones de Felipe II” del año 1576, podemos leer: “y la ermita de N. Sra. del Socorro, la cual es de muy gran devoción y concurren a ella mucha gente de la comarca, dícese haberse hecho en ella muchos milagros...”⁶. Siglos después, en una epidemia de fiebres

5 Juan Moraleda y Esteban, “La Villa de Orgaz” Toledo. Manuscrito 1890. Real Academia de la Historia de Madrid, sección Manuscritos.

6 Texto tomado de Carmelo Viñas Mey y Ramón Paz: Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II: Reino de Toledo (segunda parte). RELACIONES DE FELIPE II: 14 de febrero de 1576.

perniciosas, tomaban polvo de la misma raspando su rostro y cuantos lo tomaban curaban de su enfermedad. De la misma manera en el punto 1, párrafo 4º del cuestionario que el cura párroco de Orgaz D. Tomas Berrio respondió, el 25 de junio de 1784, a las preguntas que el Cardenal Lorenzana mandó a los párrocos de la diócesis de Toledo leemos lo siguiente: “La imagen de Nuestra Señora del Socorro, que en otra hermita se venera es de bastante antigüedad, aunque se ygnora su origen, está sobre un trono de plata de Martillo mui parecido al que tiene la imagen del Sagrario de la Santa Iglesia Primada de Toledo, y lo costearon diferentes vecinos deste pueblo con sus limosnas en el siglo proximo pasado”⁷.

DEVOCIÓN A NTRA. SRA. DEL SOCORRO

16. En diversos testimonios de la tradición encontramos referencias a la devoción que en toda la comarca de Orgaz ha suscitado la imagen de Ntra. Sra. del Socorro. En el vecino antiguo monasterio de El Castañar, hay testimonios que vinculan las prácticas religiosas de los monjes con el lugar santo que ha albergado durante siglos la imagen de Ntra. Sra. del Socorro. Los archivos parroquiales están llenos de relatos de favores y gracias especiales concedidos por la Virgen a los que han visitado su ermita y acudido a su protección.

Por otra parte, la misma historia de la literatura recoge una pieza del siglo de Oro español con cuyo título he querido encabezar esta sección de la carta, escrita en forma de comedia en el 1735, que entremezcla una historia para entretener con un propósito edificante, en el que toman protagonismo varios personajes históricos, como el Conde de Orgaz de entonces. En el plano religioso, aparece la Virgen del Socorro, un ángel y un demonio, interviniendo para moralizar a través de este escrito teatral. Pudo ser escrito por un devoto orgaceño, que quiso titularla con un lema que bien puede ser resumen de la acción de la

⁷ Don Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón, siendo arzobispo de Toledo promovió la realización de una encuesta en todas las parroquias de su diócesis, conocidas como DESCRIPCIONES DEL CARDENAL LORENZANA (25 de junio de 1784).

Virgen en la historia de esta villa: “La Estrella que alumbró a Orgaz, Nuestra Señora del Socorro”.

En los últimos cien años, Orgaz goza de una ayuda maravillosa para avivar la llama de amor hacia la Virgen del Socorro, que tiene nombre propio, y son las Religiosas de María Inmaculada Misioneras Claretianas. Ellas sembraron en este pueblo auténticas semillas de piedad y devoción. Las gentes aun recuerdan la costumbre de llevar a la ermita a los niños que hacían la primera comunión ese mismo día, o el vía crucis que se hace en ese mismo camino, así como la presentación a la Virgen de todos los niños nacidos en el año.

Cuentan los mayores que es tanta la devoción que los orgaceños han profesado y profesan a la Virgen, que la “socorrerá”, -persona que se ocupaba y se ocupa de cuidar la ermita y a la Virgen-, todos los días “bajaba” al pueblo, que dista un kilómetro de la ermita, portando una capilla con su imagen. Recorría el pueblo para llevarla a todas aquellas personas que por su condición física, mayores o con problemas de movilidad, no podían llegar hasta su ermita, a cambio siempre recibía alguna limosna que la destinaba para que la Virgen tuviera una luz que no se apagase nunca.

En las crónicas, y en la memoria de algunos todavía, está la salida que la Virgen del Socorro hizo con ocasión del año mariano que convocó Pío XII por el centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, y que se tradujo en Toledo en una convocatoria a la ciudad imperial de las imágenes de la Virgen con más arraigo en la archidiócesis primada.

En los años 80 se celebraron encuentros juveniles marianos, que se organizaban desde la Misioneras Claretianas, a diario se desgranaban rosarios y novenas, a lo largo del paseo que conduce hasta su ermita. El momento central de cada año para celebrar a nuestra Madre es la fiesta de su Natividad el 8 de septiembre, precedido de su novena, aunque siempre es buen momento para rezarle su novena, el rosario o para cantar su himno. Muchos son los favores realizados por la Virgen del Socorro, y son muchas las promesas hechas ante su Imagen. Ella es el faro de referencia en la vida de todos los orgaceños.

III. LA CORONACIÓN CANÓNICA, UN ACONTECIMIENTO DE GRACIA

17. Queda aún un tiempo suficiente para convertir el próximo 8 de septiembre de 2024 en un acontecimiento de gracia preparado por un itinerario de fe y caridad que, aunque ya venís realizando, entra ahora en su etapa más importante. Queremos que estos meses que faltan se conviertan en un verdadero tiempo de gracia para la parroquia y para toda la archidiócesis de Toledo.

El ritual de coronación pide que el lugar donde se venera la imagen coronada sea un centro genuino de culto litúrgico y de activo apostolado cristiano. Y para ello, la Hermandad junto con vuestro párroco, han preparado un programa pastoral que puede suponer una verdadera misión de nueva evangelización en Orgaz. Sugiero articular esta preparación espiritual en torno a un triple eje que configura la vida cristiana: la celebración de la fe, la transmisión de la fe, y la vivencia del fruto de la fe, que es la caridad.

MANIFESTACIÓN DE LA PIEDAD POPULAR A LA NTRA. SRA. DEL SOCORRO

18. María reina aparece ante el pueblo como el símbolo de una presencia constante, protectora, maternal y misericordiosa. Al venerarla como madre y como reina gloriosa en el cielo, los fieles están seguros de que ella, llena de misericordia, intercede en su favor, y por tanto imploran con confianza su protección. La reflexión teológica debería contribuir a que la piedad mariana se renueve profundizando en las raíces bíblicas, antropológicas, litúrgicas y ecuménicas del culto a María y evitando de esta manera una piedad sentimentalista y vacía, que no es culto agradable al Señor. En concreto, las coronaciones de imágenes deberían tener en cuenta que el verdadero centro de todo el culto cristiano es Jesucristo.

Es necesario conectar el culto con la vida, pasando de los meros sentimientos al compromiso firme en la transformación del mundo. Las coronaciones marianas suelen ser actos masivos en los que se aclama a María como señora y patrona de un lugar o de unos fieles.

Este acto litúrgico es ocasión para renovar el deseo de entrar en el reino, para intensificar la fe en la vida eterna y para impulsar gestos de misericordia y de perdón.

Para ello, debemos esforzarnos como pueblo cristiano en mostrar cómo el amor a la Virgen nos hace mejores personas también. Los cultos que se organicen durante este tiempo de preparación deberían ser oportunas ocasión de vivencia de la fe cristiana, con una predicación esmerada sobre el papel de la Virgen María en la obra de la Redención. De hecho, ya habéis vivido una misión mariana en la que la Virgen del Socorro ha visitado los barrios de todo el pueblo.

De forma particular, habrá que cuidar la novena preparatoria al día de la coronación, invitando a toda la archidiócesis a unirse pidiendo la intercesión de Ntra. Sra. del Socorro, para que descienda sobre nosotros el Espíritu Santo que la Iglesia recibió en Pentecostés, unida en oración con María.

EXPLICACIÓN Y TRANSMISIÓN DE LA DEVOCIÓN MARIANA

19. Una vez establecida la fecha de la coronación, el Ritual de Coronación indica que “se ha de instruir sobre su significado y sobre el carácter exclusivamente religioso, para que puedan participar con fruto en la celebración y sepan entenderla debidamente”. Que el ritual pida instruir a los fieles para que participen con fruto de esta celebración, es la recomendación habitual en los textos postconciliares. Por otra parte, no olvidemos que, en su origen, las coronaciones venían a culminar varias jornadas de predicación, una especie de misiones populares. Para aplicar esta recomendación del ritual, se ha realizado un oportuno plan pastoral para este tiempo.

Habiendo programado diversos momentos de conferencias de carácter histórico y teológico, tendréis ocasión de formar la mente y el corazón en el verdadero sentir cristiano de la devoción a la Virgen. No se puede ser cristiano sin ser mariano, y este tenor debería colorear toda la pastoral parroquial durante el tiempo que se abre hasta la coronación. La catequesis de niños y jóvenes, la formación de matrimonios

y familias, la vida entera del pueblo de Dios puede recibir un impulso considerable si, contemplando a la Virgen, nos volvemos a centrar en los misterios fundamentales de nuestra fe.

EL COMPROMISO SOCIAL, COMO SIGNO DE LA FE QUE OBRA POR LA CARIDAD

20. Con el fin de expresar la unidad de culto a Dios y amor al prójimo, conviene vincular la coronación de Ntra. Sra. del Socorro a alguna obra de tipo social. En algunos lugares se habla de una “corona social”. En las nuevas letanías que propone el Ritual para cuando la Virgen es coronada en una celebración de la Palabra, se llama a santa María, “reina de la caridad” y “reina de la misericordia”. La realeza de María es en la caridad, que es la virtud fundamental e indispensable del discípulo de Cristo.

Escribe el Apóstol a los filipenses: “hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos” (Filp 4,1). En verdad, los cristianos que presentan una corona material para la Virgen están llamados a ser verdaderamente su corona y alegría porque se ponen al servicio del Reino de Cristo.

Como obra social de esta coronación, la Hermandad ha pensado en un proyecto muy interesante que nos une con un país querido y muy necesitado: Burundi. Lo han llamado: “Burundi te necesita”. Nuestra archidiócesis ya colabora con aquel país formando a algunos de sus futuros sacerdotes. Por ello, me alegra especialmente que dirijáis vuestra atención a esa nación tan necesitada. No faltarán proyectos que acogerán vuestra atención caritativa en aquella tierra. Os pediría, queridos orgaceños, que seáis generosos en esta obra social. Seguro que se convertirá en una buena ocasión de redescubrir la enseñanza del Señor, de que “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch. 20, 35).

CONCLUSIÓN

21. Al terminar el rito de la coronación, el ritual propone un responso que tiene un origen muy antiguo. Se trata de una antífona del siglo

XI, que reconoce su realeza y pide su intercesión: una oración por la paz del mundo y por nuestra salvación: “Regina mundi dignissima (...) intercede pro nostra pace et salute”.

Con esa confianza en la intercesión de María emprendemos este tiempo de preparación, pidiéndole que sea una verdadera ocasión de renovación espiritual para todo nuestro pueblo. Vivimos tiempos de incertidumbre, y acudimos con más confianza si cabe al amparo y protección de la Virgen del Socorro.

Quiero terminar estas páginas dejándoos la oración con que proclamaremos la realeza de María sobre el corazón de sus hijos orgaceños. Rezándola y meditándola descubriréis la riqueza que la Iglesia ha descubierto en este rito tan especial, que quiere ser el signo de un pueblo que camina con ánimo renovado hacia la verdadera meta: la felicidad eterna, la santidad, de la mano de María, Ntra. Sra. del Socorro de Orgaz.

Oración de Coronación

Bendito eres, Señor, Dios del cielo y de la tierra,
que con tu misericordia y tu justicia
dispensas a los soberbios y enalteces a los humildes;
de este admirable designio de tu providencia
nos has dejado un ejemplo sublime
en el Verbo encarnado y en su Virgen Madre:
tu Hijo, que voluntariamente se rebajó
hasta la muerte de cruz,
resplandece de gloria eterna y está sentado a tu derecha
como Rey de reyes y Señor de señores;
y la Virgen, que quiso llamarse tu esclava,
fue elegida Madre del Redentor
y verdadera Madre de los que viven,
y ahora, exaltada sobre los coros de los ángeles,
reina gloriosamente con su Hijo,
intercediendo por todos los hombres
como abogada de la gracia y reina de misericordia.

Mira, Señor, benignamente a estos tus siervos
que, al ceñir con una corona visible
la imagen de Cristo y de su Madre
reconocen en tu Hijo al Rey del universo
e invocan como Reina a la Virgen María.

Haz que, siguiendo su ejemplo, te consagren su vida
y, cumpliendo la ley del amor,
se sirvan mutuamente con diligencia;
que se nieguen a sí mismos
y con entrega generosa ganen para ti a sus hermanos;
que, buscando la humildad en la tierra,
sean un día elevados a las alturas del cielo,
donde tú mismo pones sobre la cabeza de tus fieles
la corona de la vida.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Toledo, a 1 de mayo de 2023

✠ Francisco Cerro Chaves
Arzobispo de Toledo y Primado de España

